

"Estos poemas fueron escritos en el año de 1968. Algunos han sido publicados, pero aquí los entrego en su totalidad". A diferencia de la frase de Antonio Machado (la poesía: "palabra en el tiempo"), Mario Rivero sabe que el tiempo de toda palabra es efímero (siglos en algunos casos; en otros, días nada más). Por eso este oficio consiste en aferrarse a las calles o a "lo que pasa" entre las cosas:

*Distraídamente persiguiendo
una palabra perdida,
me entrego a la eterna manía de
los versos. . .*

[pág. 17]

Los mejores poemas del libro tienen que ver, pues, con esta conciencia del tiempo. El que trata sobre la señorita Betty (págs. 53-55) enfatiza esa oculta relación que se trasmite de los objetos a las personas, incluso cuando el mundo circundante está por caer:

*La señorita Betty es un ser
importante,
aunque su valía debe ser
apreciada
de acuerdo a una escala de
valores, en eminente decadencia
[. . .]*

*La señorita Betty permanecerá
allí, contemplándolos solitaria
como alguien que ha perdido
para siempre aquello que
buscaba. . .*

[Págs. 54-55]

El tema es retomado en el otro poema —la tienda del anticuario— cuya formulación apunta, además, al famoso *vejeces* de Silva:

*Es una especie de pequeño museo
de piezas amarillentas, muertas,
honrado por la presencia de
gentes,
a quienes la existencia de este
comercio,
les reveló una forma personal
de la melancolía,
de las cosas que no están más:
las ortofónicas de corneta,
los deslomados libros con el
dorso fechado,
las desvaídas fotografías
tan impregnadas de la
"decencia",
o de la forma de la decencia. . .*

[Pág. 57]

Rivero es dueño de una notable capacidad para crear imágenes con la

sencillez de los materiales con que trabaja. La mano de José Asunción Silva es aquí, en este libro, evidente (aunque la puntuación de Rivero tenga momentos de inestabilidad sorprendente). Pero esta ligereza, como la de los pintores "primitivos", es engañosa. La analogía con la pintura no lo es tanto, más aún si al lado de la corriente "primitivista" ponemos la obra de Aurelio Arturo. De ahí que la poesía de Rivero se acerque mejor al concepto de *arpillera*, de labor manual (y política, como en Chile) con retazos o telas rústicas para conseguir una escena totalizante, en el sentido de la descripción.

Lo que sí es ingenuo en Mario Rivero es la idea del "privilegio" de los poetas para alcanzar una conciencia particular del tiempo:

*Sí, sólo nosotros, los poetas,
hemos fabulado y cantado
como cisnes de la época,
el arder y el fluir lívido de la
vieja camarada, pálida y ojerosa,
que no había perdido aún su
virginidad. Aquella luna,
vuelta hoy muchacha pública,
especie de muerta. . .*

[Pág. 36]

Cuando la voz se limita a dejar que el lector fije sus propias versiones o saque sus conclusiones, digamos, el poema anda sobre ruedas, sin ningún contratiempo:

*Compras los periódicos de la
tarde, para ahogar en sangre,
mientras aún estás despierto,
los sucesos del día.
O esperas a que se produzca
una vez más
el destello fascinante de la
pantalla del televisor,
sellado en tu alcoba como en un
féretro. . .*

[Pág. 41]

Esta es la tentación que domina el libro en buena medida. *Vuelvo a las calles* recrea su circunstancia con elementos demasiado transparentes: "Conozco la insobornable tristeza del tiempo. . ." (pág. 39); ". . . en las aletas de su nariz, en su tristeza!" (pág. 18); ". . . un nudo de tristeza" (pág. 19); ". . . ella habla muy triste de las cosas. . ." (pág. 54). Estas menciones, que intentan conmovir al lector,

a veces mueven a la piedad pero respecto a los poemas mismos:

*O quizás, y como huyendo de
un hierro de marcar,
o de los cabellos de ceniza,
de las sábanas y el aire
tristemente usados,
querrás ir al bar*

[Pág. 42]

El inconveniente es que esta *vuelta* no es a la prehistoria poética de Mario Rivero, sino al año 1968, cuando su autor ya estaba en la base tres y era responsable de sus actos (verbales). Las calles no son ahora las que fueron ayer. ¿Será por ello que muy pocos poemas del libro yacen intactos? A otros les ocurre lo que a los vasos de cerámica que un arqueólogo desentierra: sólo quedan trizas pero cada una es una reliquia.

EDGAR O'HARA



"Sin rumbo y sin prisa"

Vuelvo a las calles

Mario Rivero

Fundación Simón y Lola Guberek, Bogotá, 1989

Estos poemas de Mario Rivero cumplieron su mayoría de edad, a la usanza antigua: tienen 21 años, el límite vital que había que superar

para tener derecho al dudoso privilegio de votar, de tener llave de la casa y de escandalizarnos con las candorosas películas prohibidas para menores. Allí, en la cómplice oscuridad de los teatros, se iniciaron nuestros amores más atormentados porque eran imaginarios: Liz Taylor, Natalie Wood, Sofia Loren, Kim Novak, Rossana Podestà. Las inconscientes coquetas que poblaron nuestros sueños eróticos.

Vuelvo a las calles es un libro adulto, pero no por la edad, porque conserva la frescura, la espontaneidad y el desenfado de un trabajo reciente. Si Mario no hubiera tenido la honestidad de advertirnos que fue escrito en 1968, cualquier lector pudiera pensar que es un fruto de sus últimas cosechas.

Es posible que durante los años que estos versos permanecieron inéditos su autor haya tenido la tentación de remendarlos o maquillarlos; pero si lo hizo no se nota. Porque fluyen con la misma despreocupación de un transeúnte que deambula, sin rumbo y sin prisa, porque nadie lo espera. Conservan esa claridad, esa sencillez que caracteriza su personal tono poético. Nada hay aquí que delate un trabajo preciosista de orfebre o una paciente y lenta actividad de artesano. Por el contrario, es la mirada emocionada y apresurada de alguien que vive peligrosamente y utiliza la palabra desnuda, directa, y eficaz. No hay vocablos ni temas exóticos, ni la mínima concesión a esa intrusa que llamamos retórica.

Por las calles de Mario no transitan ni damas encopetadas ni dignos caballeros. "La parálitica, vendiendo



crisantemos y margaritas, es un buen tema para mí", dice. Y también lo son los gamines, los muchachos de barrio, los humildes "porteros vestidos de generales". Los obreros, algún borracho y unas cuantas nocheras. Gente del montón, elemental y simple. De lavar y planchar, como decimos. "Su perfume es el mismo, barato y dulce". Lucen "anillos de rubí de vidrio", sudan, tienen tufo, usan overol o "pueblerinos vestidos de crepón brillante" y comparten ese sueño imposible de "algún mar o una ciudad para estrenar" o "el bienestar que da a un cuerpo el estar en otro, anidado o simplemente enterrado en la arena". Por eso su amiga anónima, que es "atractiva sin pretenderlo", cuando interrumpe en la calzada con su carrito del pescado, "es como una bandera". Y la muchacha que muerde la ciruela, es gorda y lleva delantal, pero sus "senos son como dos mundos".

Personajes de la barriada, de la pobreza, de la monotonía. Puticas que no incitan el deseo sino la ternura. Gamines de frente sucia pero de dientes blancos. Empleaditas que no alebrestan la lujuria sino la comprensión. Por eso está un obrero que dice "que está haciendo la cosa con alguna muchacha y piensa en sus motores" y "alguien que orina desnudo una última burbuja de cerveza" y alguien hastiado que puede "estar haciendo lo que la gente llama locura".

Poesía popular, en el más bello sentido de la palabra. Para leer y releer en voz baja, porque no soporta la declamación.

Romance de lo cotidiano y lo doméstico. Gesta de los anónimos, de los desesperanzados, de los rutinarios.

Poesía que busca y encuentra un nuevo camino para la metáfora, para la imagen sugerida, para la emoción "de compartir un aire tristemente usado", en la barriada.

Por cronología, *Vuelvo a las calles* debe situarse entre *Poemas urbanos*, de 1963, y *Baladas sobre ciertas cosas que no se deben nombrar*, premio nacional de poesía Eduardo Cote Lamus de 1972, pero lo siento más cercano al primero que al segundo, porque tiene el mismo tono, el mismo

ritmo y el mismo lenguaje despreocupado de esa excelente obra que son sus poemas urbanos. En *Baladas*, Rivero hace un collage con letras de tangos y boleros, avisos de neón, diálogos íntimos, personajes como Benny Moré, Los Panchos, Truman Capote o Ho Chi Minh. En este nuevo libro el único protagonista son las calles, con su ruido, su mugre y su miseria, porque, como dice él, "las calles son como las mujeres, tienen implícitos un murmullo, un recuerdo, un sabor pasado; uno siente en ellas el camino que han hecho otros hombres".

MIGUEL MÉNDEZ CAMACHO

Vocación enmarañada

Selva que regresa

Samuel Jaramillo

Premio Nacional de Poesía, Universidad de Antioquia, Medellín, 1988

Los premios de poesía (o los concursos, da igual) consagran —de preferencia— el canon literario. Difícilmente un jurado va a poner en riesgo el pellejo dándole el espaldarazo a un libro "experimental" o "peliagudo" en el sentido de que se aparte de las normas. Cualquier jurado pisa sobre seguro.

El premio nacional de la Universidad de Antioquia, concedido a *Selva que regresa*, no fue la excepción. Más aún: los miembros del jurado, precavidos como el jabón de Pilatos, emitieron una aclaración que es una ambigua y tolerante descripción del libro por ellos premiado. Reconocen que el panorama era desolador (no hubo ninguna "sorpresa"), y de ese panorama rescataron unos cuantos títulos, y de éstos decidieron premiar el manuscrito de Samuel Jaramillo. ¿Y no será también que una frase —en el libro editado, pág. 59— les revelaba que un específico autor estaba en carrera, ya que previamente ese autor había publicado —en la misma universidad de Antioquia— un libro